



Nos rompíamos los huesos y los dientes y no había ninguna ley para castigar a los culpables.

Nos abríamos la cabeza jugando a guerra de piedras y no pasaba nada, eran cosa de niños y se curaban con Mercromina y unos puntos. Nadie a quién culpar, sólo a nosotros mismos.

Tuvimos peleas y nos “esmorramos” unos a otros y aprendimos a superarlo.

Comíamos dulces y bebíamos refrescos, pero no éramos obesos. Si acaso alguno era gordo, y punto.

Nuestra fruta preferida eran las manzanas y peras...que todos los niños (y algunos mayores) cogíamos de enfrente del almacén de las manzanas, donde arrojaban toda la fruta “tocada”, con olor a sidra y a humo de la hoguera que siempre ardía con las virutas y cajas del transporte. Con una navajilla o un palo les quitábamos lo podrido o tocado y las comíamos, sin certificado sanitario, sin guantes de plástico, ni lavarnos las manos. ¡Y las bacterias nos respetaban!

Estábamos siempre al aire libre, corriendo y jugando.

Compartimos botellas de refrescos y nadie se contagió de nada. Sólo nos contagiábamos los piojos en el cole. Cosa que nuestras madres arreglaban lavándonos la cabeza con vinagre caliente.

No tuvimos Playstations, Nintendo 64, vídeo juegos, 99 canales de televisión, películas en vídeo, sonido surround, móviles, computadores ni Internet. Nosotros tuvimos amigos.

Quedábamos con ellos y salíamos. O ni siquiera quedábamos, salíamos a la calle y allí nos encontrábamos. Y jugábamos a las chapas, a las espadas, a las bolas, al trompo, al rescate ..., en fin, tecnología punta.

Íbamos en bici o andando hasta su casa y llamábamos a la puerta.

¡Imagínense!, sin pedir permiso a los padres, ¡nosotros solos, allá fuera, en el mundo cruel! ¡Sin ningún responsable! ¿Cómo lo conseguimos?

Hicimos juegos con palos y balones de fútbol improvisados, y comimos pipas y, aunque nos dijeron que pasaría, nunca nos crecieron en la tripa ni tuvieron que operarnos para sacarlas.

Bebíamos agua directamente del grifo, sin embotellar y algunos incluso chupaban el grifo.

Chupábamos los chorlitos de hielo de los tejados. Los tirábamos a bolazos y los chupábamos hasta que se nos derretían en la boca y las manos. Nuestros padres nos decían que si lo hacíamos nos iba a entrar el “garrotillo”, que nunca supimos lo que era porque nunca nos dio.

Íbamos a cazar regaltenas (lagartijas) y pájaros con el tirachinas o, después, la “escopeta de perdigones”, antes de ser mayores de edad y sin adultos, ¡¡DIOS MÍO!!

En los juegos de la escuela, no todos participaban en los equipos. Los que no lo hacían, tuvieron que aprender a lidiar con la decepción.

Algunos estudiantes no eran tan inteligentes como otros y se sentaban en las últimas filas, donde no llegaba tanto el calorillo de la estufa de leña, y repitieron curso. ¡Qué horror, no inventaban exámenes extra!

Y ligábamos con las chicas persiguiéndolas para tocarles el culo, no en un chat diciendo :) :D :P. (miradlo de medio lado).

Éramos responsables de nuestras acciones y arreábamos con las consecuencias. No había nadie para resolver eso. La idea de un padre protegiéndonos si trasgredíamos alguna ley, era inadmisibile. ¡Ellos protegían las leyes!

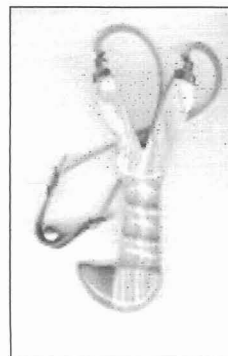
Tuvimos libertad, fracaso, éxito y responsabilidad, y aprendimos a crecer con todo ello.

Si tú eres uno de ellos, uno de los que tuvieron la suerte de crecer como niños, antes de que los abogados y los gobiernos regulasen nuestras vidas para nuestro propio bien...

¡Enhorabuena!

En caso contrario...

¡Maravíllate de que algunos muchos hayamos logrado llegar hasta aquí con vida...y tan contentos!



Pascual